

con ese otro que es él mismo, base de la dialéctica psicológica. Los destinos mandarinales son típicos y se pueden intercambiar. La ausencia de psicología individual redundaría en una falta de lugar individual en el mundo. Es como si la voz narrante sólo pudiera dar cuenta de la vida pública de sus personajes, o como si la mirada del narrador no pudiera (o no debiera) meterse en otros espacios. De ello surge un dispositivo realista-costumbrista: se trata de la vida normal referida por un sujeto también normal, dentro de un conjunto fuertemente normalizado. Las situaciones y episodios se repiten y su falta de ligazón orgánica los torna intermitentes, como el parpadeo de una misma escena. Lo único extraordinario es la ordinarísima muerte, descrita en algunas viñetas magistrales. La muerte, que abre la herencia del patrimonio comercial o la vacancia burocrática.

Estas características de la narración parecen corresponderse con el mundo que ella describe y al cual pertenece, un mundo reglado de antemano, sin opciones alternativas, con un plexo de valores que se transmiten sin cuestionarse, a través de una retórica solapada y ceremoniosa, que estereotipa toda comunicación. De algún modo, se dice lo ya dicho y se vuelve a escuchar lo ya escuchado. Las respuestas también integran la previsión elocutiva de estos letrados.

Veo que no comprendéis, hermano mayor —prosiguió el señor Wei— pues la composición transparenta las enseñanzas de los sabios y por ello ha de atenerse a cánones muy estrictos, a diferencia de otras formas literarias, que responden al gusto del autor. La composición no es solamente espejo del grado y la fortuna del escritor, pues entre sus líneas cabrillea el estado de prosperidad o hundimiento del Imperio... Algunos opositores de ahora aprueban por escribir según los cánones y otros, por pura fortuna; mas solamente las composiciones que nosotros escogemos y refrendamos tienen asegurada la inmortalidad (pág. 195).

Se percibe, a través de la trama de esta «novela», la importancia social del letrado, a la vez que su carácter estamental; se lo ve como eminente, pero desde fuera; su cultura es endogámica, hermética. A su vez, el nuevo letrado es cooptado desde dentro del estamento. Por ejemplo: un letrado influyente puede proteger a un joven pobre, pero éste no puede aspirar, de modo autónomo, a ser aceptado por el grupo mandarinal. En todo caso, el valor del buen escribir (comprendida la escritura poética) es protagónico. La importancia de los exámenes escritos, la existencia de librerías especializadas en manua-

les para preparar oposiciones, diseña lo circular de esta cultura. Aún las relaciones personales están preformadas por matrimonios de interés, raptos de mujeres para ser casadas, alquiler de concubinas. El acceso al estamento mandarinal es restringido («Los mercaderes no podemos soñar con aprobar los exámenes —respondió Niu Pulang—. Si leo versos, es para ser más culto», pág. 217), sea por origen social (concubinas, cómicos, alguaciles, soldados, etc., son marcas de vil origen), como por sexo. La escritura es masculina y la inmensa mayoría de las voces que cruzan la narración es de varones. El personaje de Du Shenqing cita al emperador Tai Zu: «Si Nos fuéramos nacidos de mujer, habríamos de matar a todas las mujeres del mundo». Y comenta: «¿Habéis encontrado en vuestra vida a alguna mujer que os merezca respeto?» (pág. 298). Por lo que sé, en Japón la relación mujer-escritura ha sido diversa, ya que las dueñas de casa escribían las crónicas familiares y hay casos de escritoras profesionales clásicas, como Murasaki. En China lo escrito es varonil y la novela muestra que la homosexualidad masculina está aceptada entre cortesanos y letrados.

Hacia el final del libro hay un esbozo de parábola histórica: se advierte que los letrados decaen en calidad e influencia social. El símbolo es el monasterio de la Retribución de la Benevolencia, que ahora pocos visitan. No serán virtuosos, ya, los próximos habitantes del Bosque de los Letrados y el narrador, en lo sucesivo, se propone «honrar al Príncipe del Vacío». Desaparecida la casta, el mundo se esfuma y el texto se disuelve. Interesante, en este sentido, es la reflexión del sastre Jing Yuan, músico aficionado, que es el último personaje en aparecer y hablar:

No, no quiero ser un hombre distinguido... mi vil oficio es legado de mis antepasados y ¿acaso deshonro a las letras siendo sastre? Y no me junto con esos letrados de escuela porque no ven las cosas como nosotros las vemos, y a fe que ninguno de ellos gustara de trabar amistad con uno de los nuestros.

La escritura ha sido una institución decisiva, durante siglos, de la civilización china. Así como el Dios del cristiano, la posteridad es el juez del chino, y lo que deja escrito es la documentación por la cual será juzgado. La literatura evocativa, de recuerdos y testimonios, abunda; por lo mismo: son la escritura de una colectividad que no quiere morir. Como ninguna otra. De origen sacerdotal, la escritura es arrebatada al clero por Confucio, quien

redacta la primera crónica personal, un texto profano y privado.

Más honda que en otras culturas es la independencia de la escritura china respecto al habla. Por ello, es indiferente a las modificaciones de la fonética. A través del tiempo, se mantiene igual a sí misma. Cabe anotar dos curiosidades respectivas: los chinos poseen la estenografía más antigua del mundo, es decir que han contado con una técnica de registro inmediato del habla, que no es la estricta escritura; y han practicado, al revés que Occidente, un relativo desdén por la oratoria: lo oral es menor y subsidiario. En otro sentido, el de la precedencia, han contado con una capa social dedicada a la escritura como cifra de la historia e invocación de eternidad, mucho antes que «nosotros». Tardíamente, Villemain (1828) tendrá la afortunada ocurrencia de comparar a los *clercs* de Francia con los mandarines chinos, y de ahí lo del mandarinato contemporáneo y sus derivados.

La cosa china, en cambio, viene de muy lejos. Ya en el siglo V aC había un pequeño mandarinato: personal menor que se ocupa, sobre todo, de la guerra y los sacrificios, pero también de administrar las casas principescas y sus dominios. Se organizan en jerarquías y en el año 221 aC se convierten en electivos, retribuidos, revocables y sometidos al poder central del Emperador. Esto los lleva a ser repartidos por los distintos territorios del imperio.

Para calcular la lentitud y la solidez (en términos occidentales) de los negocios chinos, baste pensar que sólo en el siglo X (opinión de Gernet) se configuran el mandarinato y la China moderna. Un siglo antes se ha vivido una época de aislamiento violento y represivo: el partido de los eunucos reprime al budismo y demás religiones extranjeras, expropiando los bienes eclesiásticos. Nacionalismo y rechazo al bárbaro marcan un período «premoderno».

Después, ya tenemos un primer ministro que, desde el punto de vista operativo, y sin carácter mágico, reúne más poderes que el Emperador. Se establece el sistema de exámenes mandarinal cuyo principal asunto es la destreza poética. Luego, se exige conocimiento de la erudición clásica, historia de la escritura, derecho y matemáticas. Finalmente, habilidad militar. Se legisla sobre recomendaciones, pero el «enchufado» que malogra su examen responsabiliza al valedor.

Es notable observar que este asentamiento del mandarinato, que durará siglos, es contemporáneo del perfeccionamiento de la técnica militar, por medio de las armas de fuego (morteros, catapultas con granadas, cohetes, el trabuco de contrapeso, un invento árabe modificado por los chinos). Y, más notable aún, ver qué rumbo divergente tomaron estas ventajas bélicas en China y en Europa. En la guerra de los chinos, vence quien domina las fórmulas ceremoniales, no el más fuerte ni el más hábil. La eficacia militar, más que en el uso de las armas, reside en los emblemas y blasones inherente a los diferentes linajes. No se busca, por lo mismo, destruir al enemigo, sino neutralizar las fuerzas invisibles que lo aureolan y asisten. El general chino es como un sacerdote que maneja fuerzas mágicas, alguien contemplativo y pasivo como un letrado. Y, última curiosidad, las técnicas comerciales imitan a las militares.

La preparación densamente literaria del letrado no lo circunscribe como profesión. Sus tareas son variadas y hasta contrastan entre sí, vistas en una perspectiva de especialización: redacción del calendario, regulación del uso del agua, almacenamiento de grano en los pósitos, dirección de las pesas y medidas, asuntos de emisión de moneda, defensa, seguridad y educación.

Esta universalidad de tareas tal vez explique, en parte, la existencia del género literario más característico del mandarinato: la enciclopedia, una descripción sistemática de todos los objetos del universo. Las enciclopedias demuestran una tendencia ecuménica del saber, profundamente profana: el mundo puede conocerse y los diversos conocimientos mundanos pueden articularse entre sí, ya que todo pertenece a un mismo sistema cósmico.

Algunos ejemplos pueden integrar las curiosidades y perplejidades de cualquier Borges: la *Enciclopedia del gobierno de Yung-lo* (años 1403-1408), comprendía 1100 tomos, de los cuales se conservan 400. Dividida en fascículos, llegaban a 11.095. Los pillajes de los europeos (1860) aliviaron en gran parte esta herencia. Entre 1706 y 1725 (la época de nuestra novela) se redacta el *Gujin tushu jicheng* (10.000 artículos). La bibliografía total de la China se reunió también en el siglo XVIII y llegó a sumar 80.000 volúmenes, para copiar los cuales trabajaron 15.000 calígrafos.

Por sectores, se conocen una geografía mundial (siglo X), una historia general de la China (siglo XI) y una en-

cielopedia de medicina legal (siglo XIII). La historiografía china se basa en los problemas de legitimidad dinástica y en cierto sentido ético de la historia, muy ligado al confucianismo. Ello llevó al estudio de las fuentes y la crítica de los documentos, siempre dentro del marco de la literatura oficial. Otro aporte mandarinal, vinculado a esta atención privilegiada por el lenguaje, es una incipiente filología: historia de la lengua, descripción de modelos orales, novela de costumbres (como la que mencionamos antes: baste reunir la enorme cantidad de datos gastronómicos que surgen de cada menú consumido por los personajes).

La cultura mandarinal demostró una solidez competitiva que le fue permitiendo subsistir a las diversas invasiones. Los mogoles, por ejemplo, favorecieron a los lamas en detrimento de los mandarines, pero no pudieron prescindir de éstos para la traducción de documentos oficiales, ni pudieron interrumpir las obras de censo demográfico e irrigación ya en curso. Los chinos avanzaron en navegación y eran, en el siglo XV, superiores a españoles y portugueses. Hasta el XVI continuaron sus viajes por alta mar. Se inició entonces la decadencia, motivada por limitaciones económicas y asedios de los piratas.

En cuanto al carácter social del mandarinato, los especialistas convergen en considerar que, más que una casta, según el modelo brahmánico indio, se trata de una aristocracia, ya que no se cierra a la cooptación de individuos provenientes de las clases bajas. Hay estructuras clánicas que se protegen, nepotismo y un paradigma de vida basado en la familia como espejo de la sociedad (cf. Confucio). Los legistas (*rajia*) se opusieron a esta concepción tribal de la sociedad, que iba en detrimento del Estado. Pero, en su conjunto, el mandarinato se manejó más por pautas de prestigio social que familiar. En cualquier caso, armó un aparato burocrático que dio unidad orgánica a la China, país agrario de inmensa superficie con núcleos de población dispersos e inconexos, de culturas muy distintas y escasos contactos mutuos.

La formación de los funcionarios era muy estricta. Concurrían a las llamadas academias nacionales, donde se extendía el título de «maestro en todo saber». Allí se seleccionaban alumnos de variado origen social, que constituían el único núcleo móvil de una sociedad más bien estática, sobre todo por la falta de clases medias. La

nula movilidad social se acaba correspondiendo con una concepción automática de la vida e impregna la transmisión del saber de cierta rigidez también reiterativa. La complicación de la escritura aísla el discurso de los sabios a un estamento y la edición de libros no alcanza la universalidad que tendrá en Europa, a pesar de que el invento del papel (año 100, con madera, bambú o seda) es chino y sólo llegará a Europa por mediación de los árabes y a través de España, en el siglo XIII.

La ideología de los mandarines es, obviamente, el confucianismo. Nuestra novela se puede leer en esta clave. Y aún más: vincularse con el pensamiento ilustrado europeo, que tanta atención prestó a la China, porque no hay en el mundo chino una filosofía autónoma de la práctica social, como la metafísica de Occidente, o que sea la explicación vulgar de verdades reveladas. Es un pensamiento determinista, si se quiere, en el sentido de que considera que los hombres, en determinadas circunstancias, retoman ciertas creencias que responden a dicha circunstancia. En cualquier caso, el referente común a las distintas filosofías es el mundo social. Y así, en tanto el confucianismo es tradicionalista y ritual, una suerte de conservatismo de tono mesurado y señoril, que busca un punto de equidad entre los superiores y la protección al inferior, el legismo es evolucionista y el taoísmo es nihilista, ya que cree que el mundo no se puede mejorar, que todo hombre es malo y toda sociedad es impura, y sólo cabe buscar el bien fuera de lo mundano.

El confucianismo parece haber sido, en sus orígenes, una mera doctrina preparatoria del funcionariado, pero, hacia el siglo 2 aC, elabora una síntesis entre etiqueta social y convicción personal, convirtiéndose en una *Be-rufsethik*, una moral profesional inherente a la nobleza togada china. Más adelante (siglos VIII y IX) se abstrae aún más, encarando discusiones sobre la «naturaleza humana». La cosmología filosófica de Chou-tuni (*Explicaciones sobre la tabla del principio original*, siglo XI) diseña una concepción dinámica y cerrada del universo, basada en el par de opuestos y complementarios yin y yang, a partir del cual se dan los cinco elementos fundamentales. El universo confuciano se origina infinitamente y es absoluto en su movimiento, más o menos como el espíritu hegeliano (aunque más legible, digamos de paso). Hay un Emperador y cuatro clases sociales, y esto es así por razones cosmológicas.